

CARTA TERCERA.

A D. JUAN VALERA.

El mundo es para el dialéctico una idea; para el artista, una imagen; para el entusiasta un sueño; solo para el sabio es una verdad.

ORGES.

Muy estimado amigo:

Dice vd. en su tercera carta al defender la idea de lo sobrenatural, que el hecho de la inmortalidad del espíritu, relacionado con el de su comunicación con los hombres, después del fenómeno de muerte, abre ancho campo á las sobrenaturalidades.

Esto depende del lugar en el cual nos coloquemos para juzgar los hechos.

¿Partimos del dogma tradicional que supone el origen divino del espíritu? Entonces las conclusiones á que se llega son de igual naturaleza, y por lo tanto, se le atribuye un destino futuro en el campo también de lo divino. Pero el aspecto varía completamente si el punto de partida se toma como yo lo he propuesto en mi sistema: no viniendo el ser del seno de un absoluto perfecto, y sí desde el seno de la mayor simplicidad; desde

el *germen increado*, elemento de la unidad cósmica, cuyo germen en virtud de su concurso, prestó energía suficiente para engendrar dinámica poderosa, la cual realizó los primeros soles y sistemas siderales; desde su colaboración en estas gigantescas y simples evoluciones hasta las más complejas, han determinado la variedad y multiplicidad de los tipos anorgánicos y orgánicos, comenzando en éstos su evolución individual, por el más sencillo y rudimentario tipo, hasta alcanzar su erección soberana en la jerarquía humana.

Si examinamos, pues, la existencia del espíritu inmortal, bajo este natural aspecto, entonces cesará nuestro asombro místico, y en la evolución progresiva del germen inteligente, hallamos la razón natural del nacimiento y desarrollo de la sensibilidad y del conocimiento, que son atributos del hombre.

Cuando nos hallamos frente á una complicadísima estructura de admirable mecanismo; cuando la vemos funcionar con regular y matemático movimiento, manifestando en su automatismo la especie de sugestión inteligente que le ha impreso el hombre, se despierta en nuestra fantasía un sentimiento de asombro tal, que aquella máquina se nos ofrece con caracteres de sobrenatural aspecto; y ese asombro que engendra la idea de lo sobrenatural, es tanto más profundo cuanto más inculto y primitivo es el hombre que la contempla; pues su falta de ilustración le hace no buscar los datos necesarios para la explicación natural de aquel funcionamiento, y sí, las lucubraciones acaloradas de su azorada mente le acrecentan las proporciones de lo que juzga ser un hecho sobrenatural.

En cambio, un hábil mecánico se reirá de las candorosas hijas de la ignorancia de quien refiere á hechos maravillosos, lo que él sabe bien no es otra cosa que la combinación de elementos y energías naturales que constituyen la organización y funcionamiento de aquella máquina.

A propósito de esto, recuerdo haber leído en una revista europea, que un príncipe—creo asiático—reputado como hombre de ilustración, al llegar á Francia manifestó deseos de visitar las fábricas donde se tejían ciertos tapices de primorosos jaspes y hermosos colores, diciendo que jamás había podido creer que fuesen hechos sin intervención del diablo.

Pues bien, esto que vemos pasar con las obras del hombre, de ese *átomo inteligente*, que en su infinitesimal representación del *Agente cósmico*, realiza aisladamente obras tan admirables, cuales son sus buques, sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus museos, sus arsenales, sus palacios, sus telescopios, sus espectroscopios, sus radiómetros, etc., etc.; esto que vemos pasar, digo, con relación al asombro que causan las obras del elemento culminante de la unidad causal, cual lo es el hombre, pasa también con las obras realizadas con el concurso armónico de todos los elementos universales. Elementos múltiples y varios en cuanto á su *representación cuantitativa de inteligencia en desarrollo*. Desde la mónada sencillísima que del océano infinito viene por ley de afinidad al concurso de la nebulosa, hasta el espíritu humano en quien se realiza la conciencia de su existencia y del mundo que lo rodea. Si en este momento vd. se fija en tan grandioso hecho, cual lo es el

de que el hombre tienda en su progreso á tener la conciencia de lo infinito, se explicará por qué mi sistema propone las doctrinas de la perfección absoluta.

Pero sigamos el desarrollo del segundo término de mi comparación, para llegar á la conclusión que me propongo. Por una deficiencia de atención que nos impide reconocer la naturalidad de los hechos, que en concurso universal engendran los elementos múltiples, *en sus varios grados de inteligencia en via de desarrollo*, nos confundimos y vemos: ó puramente fuerzas ciegas y estúpidas que obran fortuitamente, ó bien fuerzas maravillosas y divinas. Pero si nos fijamos atentamente en esa escala que van engendrando los varios grados de energía inteligente, desde la mónada sencillísima hasta el hombre, encontraremos la razón del justo medio. Esto es; ni la paradójica estúpida de una creación que aniquila sus términos cuando llegan á la individualidad consciente, ni la concepción quimérica de una creación hija de un *divino mago*.

Hallaremos, pues, la clave del progreso, en la *existencia increada* de los elementos *inteligentes é infinitos*, que en su desarrollo, y con relación á los grados de su poder correlativo, en *solidaridad armónica*, contribuyen á realizar el mundo objetivo y más tarde la vida intelectual y afectiva. Y aquí insisto, para que bien se comprenda: *desde la inteligencia increada y en germen, pero que en virtud de su inmensa colectividad, presta energía suficiente para engendrar la mole inmensa de un esferoide, hasta la inteligencia desarrollada é individual del hombre*.

Si examinamos, pues, la majestuosa máquina del

Universo, no con el sentimiento candoroso del zagal que contempla azorado la máquina de vapor, y sí con el ánimo ilustrado del ingeniero mecánico; entonces, al reconocer la naturalidad de los elementos y de las energías cósmicas, quedará sí en nuestro espíritu el sentimiento de admiración al contemplar tanta grandiosidad; pero no traspasará estos límites á efecto de lucubración fantástica, empeñándose por encontrar maravillosas prestidigitaciones de un *mago místico y divino*.

Por lo tanto, si el hecho de la inmortalidad lo filiamos entre los hechos naturales; si el ser humano después de la muerte persiste con su individualidad consciente, no como una abstracción metafísica, y sí como ser real, con organización sustancial, pero de una sustancia *tenue é incorruptible*, ¿por qué, pues, durante su estancia en el medio á que he llamado *teórico ó transitivo*, no ha de buscar los medios que estén al alcance de su ciencia y de su poder para relacionarse y comunicarse con el elemento consciente que le es afín?

Este grandioso hecho que constituye la demostración práctica de nuestra inmortalidad, y que entraña, —cual ningún otro,—el punto culminante que interesa á la ciencia en el momento presente de nuestro desarrollo, es visto con bestial indiferencia, ya por necio orgullo de presuntuosa ciencia oficial, ya por abyección crasa y supina de aterrorizado fanatismo religioso. Unos y otros representantes de esos grupos, con incalificable insensatez, niegan lo que no han querido experimentar.

¿Cómo logrará trasmitirnos un mensaje el telegrafista que se halla en el Viejo Continente si no se coloca

en el Nuevo, frente al aparato respectivo, alguien que lo reciba? Y aun colocándose para tal objeto, si ese alguien no es un telegrafista experto, recibirá mal la palabra transmitida. Y si no recibe nada, porque en su ignorancia—para aquel arte—desconoce todos los achaques que pueden interceptar la comunicación, ¿sería racional y lógico que niegue la existencia de su colega que le transmite la comunicación desde el otro polo del hilo conductor?

Hagámonos, pues, expertos agentes y hábiles experimentadores, para recibir tan grandiosos mensajes, cuales son aquellos que nos traen el sello infalible de nuestra inmortalidad.

Que en la mente elevada del sabio y en el corazón generoso del moralista, no se efectúen esos movimientos necios que hacen asomar al rostro sandía y estúpida burla cuando se les habla de hechos que encierran preciosos tesoros para la ciencia, y gratísimas impresiones de amor y de consuelos para los afligidos que cruzan sin brújula el árido camino de la vida.

Yo creo que ese sentimiento dañoso de lo divino y de lo sobrenatural, es el que impide que los hechos de comunicación se estudien bajo su aspecto natural y científico. Ofrecidos como han sido, por los sectarios de un espiritualismo metafísico y místico, han excitado solamente el sentimiento piadoso entre sus adeptos, y burlas y sarcasmos de parte de los contrarios.

Además, también creo, que los espíritus que regulan con el poder de su inteligencia y de su amor, la vida del mundo ultra-sensible, evitan la espontaneidad, la generalización y la amplia y franca manifestación de los

fenómenos, por razón á que comprenden, dado el estado aún tan primitivo de la razón humana—que tanto prohija lo divino y lo sobrenatural—que aumentado su asombro y su estupor ante la realidad de hechos constantes y satisfactorios, caería la humanidad en un estado tal de beatitud, que superaría al horrendo período de misticismo en que entró la sociedad cristiana en esa pavorosa noche de la Edad Media.

Se multiplicarían extraordinariamente los faquires de la India, y muchos de esos que se llaman *espíritus fuertes* experimentarían una metamorfosis, tornándose místicos, como le ha pasado á un sabio nuestro, muy conocido por sus excelentes conocimientos en ciencias naturales.

Pero ilustremos á las masas sociales en el sentimiento de la Naturaleza, borremos ese sello de lo divino que trae impreso el espíritu desde que lo grabara en su asustadiza mente el sacerdote sacrificador de la selva, y entonces, filiendo entre los hechos naturales el de la inmortalidad, encontrará el hombre, como una derivación también natural, la comunicación con los seres *monocorpóreos* del medio *tebrico* ó *transitivo*.

Ahora me permitirá vd. que cambiando de estilo, lo cual no le disgustará, puesto que lo humorístico es su fuerte, le refiera un cuentecillo que viene de molde para refutar una vez más la idea de lo sobrenatural.

Un amigo mío, á quien presumo lo inspiraba un filósofo metafísico, de reputación abigarrada, exponía como argumento en pro de lo sobrenatural que, el cocotero llegado al término en que sus frutos estaban ya maduros, los desprendía para que el hombre que no

podía trepar al enhiesto tronco, pudiera gustar y alimentar con aquellos frutos.

¡Cuánta candorosidad! ¡Cuánto extravío del buen sentido á efecto de la tenaz tendencia para prohijar la idea de lo divino!

En primer lugar, mi amigo y el filósofo aquel, en su cándida beatitud, no se hacían estas naturales reflexiones: á efecto de la temperatura que ha secado los jugos de las fibras que sustentaban al coco, faltas de resistencia, no pudieron soportar esos frutos y en virtud de la ley de gravedad cayeron á la tierra; no para alimentar al hombre, y sí para llenar la natural tendencia á la reproducción; pues, que el hombre aproveche aquel fruto para alimentarse, es el accidente y no el fin.

En segundo lugar, en oposición á esa manera de raciocinar de mi amigo y de su iluminado mentor, se podría exponer este argumento: En el nopal, que produce sabrosísimas tunas, y que no se eleva á la altura del cocotero, brindando sus frutos al alcance de la mano del hombre, *la providencia divina* no proveyó, con esa *regularidad absoluta* que con sandías argucias se supone para el primer caso, puesto que los frutos, lo mismo que las pencas del nopal, están erizados de espinas, las cuales son una amenaza para los queridísimos hijos del *mito soberano*, que ávidos quieren gustar aquellos frutos.

Todas esas cándidas argucias que busca con afán el místico para alentar su abyección terrorífica que engendra la idea de lo divino, cesarían desde el momento en que quisiera ver con claridad la lógica del siguiente argumento: La potencia cósmica, natural, inmanente y progresiva, explica el orden relativo y la inteligencia

también relativa, que observamos en la Naturaleza; y por otra parte, justifica la impotencia para el remedio de lo monstruoso y de lo fortuito, y en suma, de todo lo imperfecto que se halla al lado de lo perfecto y de lo ordenado.

La causa *fantástica, divina, maravillosa y absoluta*, puede explicar al ignorante, que no ha estudiado las leyes de la Naturaleza, todas aquellas perfecciones que su fantasía aumenta, como en el caso que he citado de mi amigo; pero, lo fortuito, lo monstruoso, las incontables plagas de la viruela, de la lepra, de la neuralgia y de todas esas lindezas que aquejan al niño y al que no es niño, no pueden explicarse bajo el concepto del MAGO SOBERANO, QUE ES FUENTE MARAVILLOSA DE PODER, DE AMOR Y DE SABIDURIA. A no ser que entre el diablo para la solución del problema, ó que se ocurra á la sacramental sentencia que dice: *son arcanos divinos que la criatura finita jamás podrá comprender.*

¡Horrenda abyección!

¡Tirano y avasallador fantasma que tanto enerva la razón humana! ¿Cuándo desaparecerá de la loca aterrizadamente? ¿Cuándo llegará el imperio del amor y de la sabiduría?

Ese término feliz está aún muy distante, pero toca abreviarlo á quienes aman el progreso de la humanidad!

¿Quién, teniendo un corazón honrado y generoso seguirá ocultando la verdad? No vemos que el amor que ésta inspira, ha hecho á los mártires de la nueva idea?

¡Solo los espíritus torpes á quienes el amor no anima, pueden, egoistas, quedar tranquilos, disfrutando va-

nos halagos de las turbas necias, que en su ignorancia desconocen cuál es el bien que alcanza la verdad redentora!

Dejad que los émulos de Loyola y Torquemada en su imperfección, hija de supino atraso, se empeñen por hacer la noche en la conciencia humana; pero quienes comprendan ya los supremos bienes que la filosofía y la ciencia alcanzan, que hagan el día, haciéndose dignos discípulos de los Kepler y Galileo, de los Newton y Laplace.

Si ante los hechos analizados por el pensamiento libre, día á día han ido cayendo de sus pedestales los mitos simbólicos; si en la actualidad el *gran mito*, síntesis de todos los antiguos símbolos, ya también vacila en su pedestal, que no alcanza á soportar la pesadumbre de tantos y tantísimos absurdos; si en suma, todo lo ritual, lo místico y lo sobrenatural se ausenta del cerebro que alcanza la luz de la ciencia, sustituyendo aquellas sandias y niñas concepciones con el sentimiento plácido y sereno de la Naturaleza, sigamos, pues, buscando en el seno de ésta, nuevas y mayores verdades.

Consagremos todo ese precioso tiempo que nos ha robado hasta hoy la vida mística, al reconocimiento de un hecho grandioso que asegura á la humanidad un futuro digno de sus luchas titánicas para conquistar su felicidad. Este hecho grandioso es el de nuestro progreso, con vida inmortal.

Que los sabios experimentadores del materialismo y del positivismo, cesen en su exagerada reacción producida por efecto de su justo desprecio hacia las abstracciones metafísicas; que al abandonar esa exageración,

adviertan que no se hallan colocados en el término final de su jornada, ni mucho menos, pues hasta ahora es cuando su razón, libre de terrorífica superstición, comienza la gran labor intelectual que nos hará conocer cuál es el verdadero lugar del hombre en el Universo, cuál su origen y cuál su destino futuro.

Y tened siempre presente esta advertencia que me permito haceros: es tan sobrenatural y metafísico suponer á la inteligencia humana engendro de *padre fantástico*, como suponerla, ya individual, surgir de una secreción de la materia organizada. Reflexionad que está más conforme con la razón y con la ciencia la admisión de un *germen increado, sustancial é inteligente*, que desde el estado de mayor simplicidad viene adquiriendo sensibilidad y conocimiento á efecto de sus evoluciones ascensionales; cualidades que, cuando llega á la jerarquía humana, comienzan á ser: sensibilidad generosa, amante y tierna y conocimiento racional y consciente; atributos que se desarrollan y se perfeccionan, con las múltiples etapas que el ser realiza en la vía de su humanización.

Mas, perdone vd., Sr. Valera, ya me imaginaba que vd. era materialista ó positivista; pero no, ahora recuerdo que es vd. dogmático y ortodoxo; por lo tanto, el párrafo anterior se deslizó para hablar á otros. Lo bueno es que vd. habrá comprendido que cuando se trata ante el público de intereses de la humanidad, esta forma de cartas solo es un pretexto de que nos valemos para debatir cuestiones encaminadas al esclarecimiento de la verdad filosófica.

Quisiera escribir á vd. más, pero temo extenderme

demasiado; mejor dejaré para otra carta lo que me resta decir.

Soy siempre, con la sinceridad del que acostumbra decir sin embarazo todo lo que siente, su amigo que, no sabe por qué, sin conocerle, y no obstante los sarcasmos que tan hábilmente sabe vd. menudear, le quiere y le tiene particular simpatía.

CARTA CUARTA.

A D. JUAN VALERA.

Todo efecto tiene una causa.—Todo efecto inteligente, tiene una causa inteligente.—*El poder de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto.*

(Principios que sirven de lema á la "Sociedad Científica de estudios psicológicos de Paris").

Muy estimado amigo mío:

No sé á la verdad cómo avenírmelas para tratar un punto que entraña fondo de grande importancia. Mi vacilación radica en lo siguiente: hay que ser modesto, ó inmodesto. Si opto por lo primero, no expongo francamente la verdad y se resienten de ello los argumentos que debo aducir en pro de mis razonamientos; si me decido á ser inmodesto, todas las más furibundas pasiones de aquellos sabios que he descrito en el capítulo VII de mi obra, se desatan contra mí y me lanzan los epítetos de presuntuoso, fatuo, etc., etc.

¡Pero no importa!

Cese la vacilación. Ya lo he dicho en la introducción á mi sistema, y lo repito ahora: no quiero ni me hacen falta, títulos de hipócrita modestia, máxime cuan-